

PARA MAYOR GLORIA DE DIOS

Manuel Jesús Martínez de Pinillos Pérez-Estudillo



Prólogo: Los albores del sentir

A la Universidad de Sevilla

Abre los ojos. Un parpadeo y sólo quedan 12 días. Como un girar de veletas, el tiempo nada entre las olas de los contratiempos y se torna brisa agradable... Y aquí estoy.

Abre los ojos, Sevilla, que en 12 días el vergel de tu hermosura se hilvanará con un reguero de sentimientos. La oportuna lluvia previa ha hecho que tus parras hayan trepado hasta el punto más alto y que la savia de tus naranjos se vea al contraluz mejor que nunca. La Fe de bronce y palmas está lista para custodiar desde la torre más fuerte nuestro juramento, al que cada uno de nosotros pondrá rostro, nombre y vivencias. La Fama que se encuentra encima de nuestras cabezas anuncia con su trompeta la única Verdad y lo único Bueno.

Abre los ojos, Sevilla, que en 12 días tu juventud más fidedigna saldrá a las calles a conocer la verdad de tu Angustia. Cincuenta años, medio siglo de la mayor lección del Dios de la Muerte más Buena se encuentra entre tus muros custodiando al graduando.

Abre los ojos, Sevilla, que tu luz deslumbre hasta al último arrabal que a tu vista alcanza. En el seno de tu enseñanza otro testimonio hará de estrato en la conversación jovial más sincera. Abro una caja de lata donde almaceno mi

memoria, y comienzo así un diálogo, abro esta ventana donde poder asomarme ante ustedes y mostrarle al Paraninfo mi mundo.

Quiero narrarle al Paraninfo

la tradición más antigua,

el dogma más profundo.

Quiero decirle a Sevilla

que Dios pasará por sus calles

haciendo real su agonía,

que es nuestra la tarea

de tapar con ruegos sus heridas.

Quiero decirle al universitario

que la ciudad está ya lista

con su centro, sus barrios,

patios y juderías.

Sevilla te espera, universitario,

y está listo cada rincón, cada esquina,

entre guiones, fórmulas,

lienzos y misivas.

Convoco a las facultades

a esta fiesta sin medida;

a los trazos de Bellas Artes,
a las leyes de Ingeniería,
a los matraces de la Química
y al Derecho y su justicia.
A los planos de Arquitectura,
y a la Historia y Geografía.
A la Medicina y a la Farmacia,
y a su estudio de la vida.

Llamo a los saberes a esta convocatoria
extraordinaria de oración colectiva.

Si todos somos parte
de una misma cuadrilla.
Sevilla te espera, universitario,
si somos el fruto de una caricia
que tiene su eco imborrable
cuando se proclamó a María
Madre de Dios y Madre nuestra
en esta bandera concepcionista.

Ya está todo listo, estudiante,
ya se asoma por sus rendijas

el esparto, el cingulo,
el cirio, la cruz de Guía,
la fila de unos ciriales
que se ven en una esquina,
o el llanto de unas bambalinas
al son de “Virgen del Valle”.

Se asoma el domingo de palmas
y los oficios de mantilla
en torno al centro de nuestra fe:
La institución de la Eucaristía.
Que son muchas las hermandades
sólo una es la vía,
cantando a la vez un *Tantum ergo*
y un *Pange lingua*.

Ya está todo listo,
todo anuncia la venida
del que impartió la mayor lección.
Por más que yo te insista,
universitario,

falta que tú le sigas
con el corazón en la mano
y el alma cristalina.
Sevilla te espera, universitario,
ven conmigo en la travesía
de este himno académico
hacia la tierra prometida,
que sólo quedan
doce versos, doce días
para rezar otra semana
en el cielo de Sevilla.

La añoranza de la luz

A la Hermandad del Amor

Señora Vicerrectora de Relaciones Institucionales de la Universidad de Sevilla. Señor Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Hermandad de los Estudiantes. Señor Director Espiritual de la Hermandad de los Estudiantes y Director del Servicio de Asistencia Religiosa de la Universidad de Sevilla. Señor Vicepresidente del Consejo General de Hermandades y Cofradías de Sevilla. Señor Pregonero de la Semana Santa de Sevilla. Señores Hermanos Mayores y Representantes de las Hermandades de la Esperanza Macarena, Santa Genoveva, el Amor y el Valle. Señor Delegado del Martes Santo. Autoridades académicas y civiles. Pregoneros universitarios. Comunidad universitaria. Señoras, señores. Sevillanos.

Para mayor gloria de Dios. Ésta era la divisa con la que los miembros la Compañía de Jesús firmaban sus cartas, estudios y enseñanzas con las que evangelizaban a los indios de un nuevo mundo que se abría ante nuestros ojos, nos evoca a un momento donde el puerto de Indias era la arteria principal, y donde su casa profesa, era el bastión intelectual de la Sevilla de Murillo y del contrapunto armónico del organista Francisco Correa. Una Sevilla que era centro cultural del mundo. Una Sevilla que fue germen de esta Semana Mayor que hemos ido cuidando y preparando a lo largo de los siglos hasta nuestros días, siendo siempre conscientes de lo que tenemos entre manos. Para mayor gloria de Dios. Para nosotros, cofrades sevillanos, ésta forma indudablemente parte del motor de la vida. Es deber del joven cristiano, por tanto, tomar conciencia de que Dios no sólo no ha abandonado a esta ciudad, sino que, a través de los siglos, nos ha elegido para ser la vanguardia de su Divino Mandato.

Todo está dispuesto. Sevilla no por ello tiene sólo un raíl. En su complejidad y riqueza, nos ha dispuesto a cada uno de nosotros, una senda por la que prepararnos para recibir a Dios entre nosotros, donde habrá caminos que nos vendrán dados y otros que iremos aprendiendo a lo largo de nuestra vida, y el sevillano debe estar a la altura de lo que le precede. La Cuaresma es un trayecto propicio en el que el universitario cofrade tiene la obligación de ahondar a través de una búsqueda personal en lo más profundo de su fe, procurando evolucionar en ella y de la mano de los actos que tenemos en estos días, en el prólogo de un tiempo en el que sentimos en nuestras carnes la añoranza de lo vivido y la vigilia de lo que está por vivir; unos besos que vienen, y otros que se van.

Sabemos, que aunque los ritos y costumbres sean los mismos, cada año toma un significado distinto. Las calles que cruzamos buscando en ellas el aroma que nos hace retroceder en el tiempo, y que en otras épocas parecen homogéneas, se hace un sinfín de sones y melodías que tienen su encuentro en cada esquina, en cada momento.

Los cultos, las igualás, las vigiliás, el remiendo a un antifaz o la recogida de nuestra papeleta de sitio... Todo ello forma parte de un engarce que Dios hace de una cadena que no se suelta. Viviremos, entonces, la gracia de convivir con Dios en nuestra vida diaria, donde lo sagrado y lo costumbrista se forja y se sella para dar con aquello que andábamos anhelando. Sería bueno pensar que Dios considera esta comunión como voluntad suya, y que, por un singular privilegio, haya otorgado a esta ciudad una biblioteca de Alejandría, el conocimiento necesario para ser ejemplo de vivencia de la fe. Y ahora, vemos

cómo aquello que añoramos todos los años va perfilándose hasta llegar al Domingo de luz.

Te recuerdo como si fuera ayer. Por primera vez, mi voz se calma y se destensa como el cordón con el que sujetas tu montura. El amasijo de recuerdos que se entrelaza con torpeza se hace ante Ti un bordado fino, tejido por las manos de una madre que cada año le suelta a su hijo el bajo de una túnica blanca, y que de tanto jugar con ella en la rampa del Salvador, se ha vuelto negra. Hay tanta dicha en su rostro... Ver al Señor de la Sagrada Entrada es retrotraerse al basamento de la fe de muchos niños que, por no llegar al reclinatorio, decidieron honrarle al compás de las hojas del tiempo. Se hace así realidad nuestro más dulce recuerdo crepuscular, donde Dios, agraciado por la ofrenda y por un gesto inocente, puro, nacido de la nada (como todo lo que hacen los niños), nos galardonará quitándonos el escudo del lateral de nuestra esclavina, para colocárnosla en un antifaz, a la altura de nuestro pecho. Aprendí y conocí a Dios en su sereno semblante.

Ahora te hablo a Ti,
y se desata la nostalgia
de tiempos pasados,
donde mi viejo amigo me habla
con voz prudente, casi inaudible,
de la Escritura comenzada.
Una luz de inocencia
tenue, casi apagada,

pero siempre viva y presente,

llena de versos la sala.

Entre adoquines, los vencejos
juegan con las sombras de una fachada.

Suena el crujir de la madera,

chirría entonces la bisagra

de un portón que lentamente

pero firme, deja entrever las llamas.

Un niño, con el antifaz recogido

y una pequeña vara

sostenida en su mano,

baja con prisa la rampa.

Se asoman entonces los

cabellos rubios que descansan

en los hombros de sus padres,

buscando algo en la Colegiata.

Hay un silencio, y tras un mar
de caramelos y agudas campanas...

Se obró el portento.

¡Se refleja la luz, suena la marcha!

Floreció el azahar del naranjo,

estalló a tu paso la algazara,
el incienso y la corneta.
A tu paso nació el triunfo,
nació la dulce mirada,
a tu paso se mece el viento
que se cuele por las palmas,
a tu paso el Rey David
te enaltece con su arpa.
Si hasta a tu paso
la hebrea y la niña cantan
aleluyas por las calles...
Que va bendiciendo almas
un jinete por Sevilla:
Por Cuna, Campana,
Alemanes y Chapineros.
A tu paso el sicomoro
en palmera se retrata,
a tu paso el hombre quiso
volver a su infancia
y Santiago, Pedro y Juan
te escoltan con palmas rizadas.

Despertando el lubricán,
al salir de la Casa Alta,
Zaqueo subió a la palmera
y le dijo a la Giralda:
“Si Cristo entró en Sevilla
y sabe lo que se manda,
¿cómo no iba a hacerlo
entre costeros y hosannas?”
Comenzando así el Evangelio
de la Semana añorada
con Jerusalén por bandera
y una ciudad por plaza;
Sevilla se viste de estreno
para ver tu Sagrada Entrada,
y así pedir, en 7 días,
la venia en Tierra Santa.

El Sol manchado

A mis amistades

Se despierta el primer crepúsculo y nace la noche, donde la verdad se hace por primera vez una nebulosa de penumbra, donde el balanceo de un incensario se convierte en un improvisado péndulo. Cuando esos vencejos que vimos en el alba anuncien con su canto que la copa del cielo se ha derramado, atónita e impotente ante el descanso de la luz más plena. Es en este crepúsculo cuando el preámbulo con el que andábamos jugueteando será por fin certeza. Tras ella, la primera Virgen se resquebraja y suena el primer sollozo que no encontrará consuelo. En la vuelta delicada, fina y regia de la Virgen del Socorro entre naranjos, cuando caiga el azahar para rizar con fulgor su perfil de doncella y el clarinete suene a melancolía, nos daremos cuenta de que ya no hay nada más que aguardar en la noche más aciaga...

Y tras ello, nació la amanecida y la ciudad abrió sus costuras de piedra para esparcirse, y siguió abriendo senderos y caminos por los que llegar a su designio. Nuevos horizontes. Barrios emergentes y barrios consolidados, como San Pablo o el Tiro de Línea, reunidos en torno a Cristo cautivo. Cruzando la orilla por el puente de barcas, tras pasar por un reflejo de fachadas coloridas, Nuestro Padre del Soberano Poder sigue dando una lección de humildad en un Sanedrín que se hace presente. Y es entonces, pasadas unas horas, de vuelta al puente, cuando las calles recogen sus faldones y cierran sus filas, con un escueto y sobrio recelo ante la magna sencillez (como una irónica antítesis) de lo que está por acontecer.

Sé lo que vi aquel Lunes

en la puerta de tu Iglesia.
Vi la Cruz de la Pasión,
vi la Cruz más Verdadera.
La que no impone o castiga,
la que educa y nos enseña.
Que es cobijo del que lo busca,
que es mástil y bandera,
signo de victoria,
calma en las tormentas,
centro de la vida,
alfa y omega,
camino hacia la gloria.
Una cruz que es escalera
hacia el cielo prometido,
y es la llave de una puerta
hacia un mundo sin dolores.
Una Cruz que es paz eterna
y es emblema universal.
Y entonces entendí la tarea.
Tomé tu Cruz... Y la seguí.
Vi entonces a Dios en ella,

un Cristo que en su mirada
guarda la luz de la Tierra.

Sé lo que vi aquel Lunes,
sé que la vi presa
de un puñal de siete angustias
y alumbrada entre candelas,
buscando con la mirada
un consuelo en las estrellas.

¡En San Vicente, ninguna luz
pudo calmar sus Penas!

Y en el Museo, buscando
esa calma serena,
ningún lienzo bohemio
supo trazar tu silueta,
ni el descanso, ni el reflejo,
ni el perfil de las veletas
que marcaran el rumbo
del caudal de tus tormentas.

Sé lo que vi aquel Lunes,

sé que cambiaba la esfera,
vi cómo el Sol se apagaba
y se manchó de color violeta.
Se manchó la rosa de sangre
que brotaba por las venas
de un cuerpo que ya duerme
y se mece entre la tela
que sostienen Nicodemo
y José de Arimatea.
¡Y siguió manchando la rosa!
¡Siguió manchando la piedra
de la iglesia de San Andrés
quien murió por su grandeza!

Fe en la Universidad

A la Hermandad de los Estudiantes

Dejaré de buscar entre los requiebros de mi memoria por un momento. Aparco esta amalgama de vivencias para hablar de realidades y de lo que de verdad importa.

Nunca hay que descuidar la razón y la fe, que son dos dones que Dios nos ha puesto en el corazón para conocer la Verdad con mayúsculas, y en definitiva, para conocerlo a Él, como así lo dijo San Juan Pablo II, y así lo plasmó San Agustín en sus Confesiones, tan actual en nuestros días, que entendió a la perfección la naturaleza humana y reparó en no descuidar el cuerpo y el alma, concluyendo con la siguiente frase “El mejor servidor de Dios es aquel que no desea oír lo que quiere de Él, como querer lo que de Él oyese”. Y cuánto de verdad había en sus palabras... La sociedad intenta de forma estéril separar ambos términos, cuando es imposible hacerlo. Intentamos construir nuestra fe de forma separada, cuando es la razón quien nos guía hacia ella. Vemos a Cristo en hechos palpables y reales, y esa es la prueba suficiente de que Dios sigue entre nosotros.

En unos tiempos donde el laicismo, que es un término que se confunde constantemente con la laicidad, y que significa apartar, desterrar de forma expresa y activa a Dios de nuestra vida pública y reducirlo al ámbito privado, nosotros, los estudiantes universitarios que profesamos una fe cristiana, no podemos mantenernos al margen, pensando de forma ingenua que aquí en Sevilla vivimos de espaldas al mundo que nos rodea. El estudiante cristiano no

debe sentir flaquezas o titubeos a la hora de practicar su *modus vivendi*. El Sumo Pontífice emérito, Benedicto XVI, dijo en un discurso a unos juristas que “el cristiano debe mostrar que sin Dios el hombre está perdido y que excluir la religión de la vida social, en particular la marginación del cristianismo, socava las bases mismas de la convivencia humana, pues antes de ser de orden social y político, estas bases son de orden moral.”

Aun así, Dios sabe escribir recto en estos renglones torcidos del pasar de los siglos. La separación entre institución e Iglesia ha sido el fruto de un proceso histórico positivo, porque es bueno que así sea. "Al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios". Este *statu quo* permite que haya una distancia prudente entre ambas, para que puedan reconocerse mutuamente de forma respetuosa.

San Ignacio de Loyola nos habla en sus ejercicios espirituales constantemente, como si fuera el *leitmotiv* de su obra cumbre, de la importancia del coloquio como punto cardinal para cualquier tipo de entendimiento. No es casualidad que, a pesar de que es la Hermandad de los Estudiantes la que organiza este acto, es la Universidad de Sevilla la que reconoce en la Hermandad una fuente indispensable necesaria para el desarrollo humano, y le da la palabra a un joven estudiante, una vez al año, en su sala más noble.

Si el cometido del arquitecto en estos días es devolver el protagonismo en la ciudad al hombre, así debe ser nuestra fe vivida, enfocada a las necesidades actuales. Es importante para ello que nazca en el universitario una inquietud moral y busque de forma plena su crecimiento intelectual, con una formación íntegra, pues no debe separarse el aprendizaje de nuestras carreras con la

búsqueda de una ética universal, porque el ser humano tiene una vocación innata hacia lo trascendental. Éste debe ser indudablemente nuestro papel en la Universidad.

Dios no nos habla a través de trucos o de una lengua olvidada. Dios, en estos muros, nos llama a su capilla para cargar con su Cruz en nuestra vida diaria. Para ello, la vía más directa la tenemos aquí al lado, donde el Santísimo Cristo de la Buena Muerte nos da su tesis más plena. La Buena Muerte no es un signo de derrota o de abatimiento; es una forma de enfrentarse a la vida, un hábito de ánimo para quienes buscamos en él diligencia o fuerza de voluntad. Y en sus muros, resuenan constantemente las palabras de San Pablo: “Que nadie te menosprecie por ser joven. Al contrario, que tu palabra, tu conducta, tu amor, tu fe y tu limpio proceder te conviertan en modelo para los creyentes.”

Porque quiso Dios morir bien
la tarde de un Martes Santo,
y eligió la Universidad
como monte de su Calvario
de sucursal hispalense
en Laraña y San Fernando.
Y en su seno es custodio.
Cincuenta son los años
de lección entre los muros
de la Fábrica de Tabacos.

Porque hay cátedra en su rostro,
hay cátedra en sus manos
que nos muestran la Verdad.

El arte profano
creado para el culto a Dios
se convierte en acabado,
complemento de una bella Teología
donde Dios, serenamente humano,
duerme sin que nada le moleste
cuando cruza por el Arco
entre murmullos del aire.

El lirio morado
que en la caoba reposa
es para Él un prado
armonioso por el cual
mostrarse al sevillano.

Y quiso su Madre velar
el saber del Rectorado,
el estudio divino y
el estudio humano

que regenta en la alma máter;

porque en tu regazo

se asienta el saber del Padre.

Eres consuelo, descanso

para el estudiante al que

embriaga tu llanto

y busca, al mirarte,

un gesto depositario.

Y también eres belleza,

eres finura, eres canto

en latín del *Gaudeamus*,

anhelo del graduando,

solemnidad del Paraninfo,

solera del doctorado,

trompeta de la Fama,

bronce del campanario,

requiebro de la verja

y luz que entra en los patios

donde cirio a cirio,

tramo a tramo,

van formando un reguero

de roquetes y de espartos.

Y ahora que está todo dicho,

ahora que se ha consumado,

yo pregunto en este atril:

¿Por qué seguir cuestionando,

si en su cuerpo está la respuesta?

¿Por qué buscar más sabios,

si las artes y las ciencias

descansan en sus manos?

¡Si todo lo sabe y todo lo puede!

¡Yo solo quiero estar a tu lado,

más si cabe, Buena Muerte,

si en la sangre de tu costado

está recogido el centro

del saber universitario!

El lienzo sevillano

A los músicos sevillanos

Sevilla ha sabido poner siempre un marco incomparable en cada momento. El mejor ejemplo podemos encontrarlo allá donde las glorietas son un remanso de paz, entre palmeras, y con la Luna por tragaluz. En aquel vergel, Rosina pudo zafarse de su tutor, Don Bartolo, para asomarse por su balcón donde la Luna filtraba su reflejo en dos filas que portaban los nazarenos blancos, y tras ella, la Virgen de la Candelaria, con su grácil movimiento. Saliendo de este jardín para adentrarse en las románticas angosturas, Don Juan sigue haciendo de las suyas, oculto en las esquinas del barrio de Santa Cruz, quitándose su traje de tuno, para así poder mezclarse entre la multitud y contemplar con asombro el portentoso conjunto del *Stabat Mater*, en el cual, Cristo crucificado observa con su potente mirada a su Madre sobre columnas jónicas en todo su esplendor Inmaculado, sin percatarse de que realmente estaba a sus pies, arrodillada ante Él. Incluso podemos viajar en el tiempo a través de los arcos de medio punto de un acueducto romano, donde se hace realidad aquello de *Senatus Populusque Hispalensis* mientras vemos la Presentación al Pueblo de San Benito nada más salir de su templo.

La música es un idioma universal, un modo de comunicación que traspasa el tiempo y la distancia, las culturas y las épocas. Esta noche suena a la Sevilla más suspirante, al hálito que entre muralla y puente va componiendo el bohemio. Estoy convencido de que si hoy Stravinski, volviera casi un siglo después de su estancia en Sevilla para ver esta Semana Santa, se le quedaría corto aquello que dijo de “estoy escuchando lo que veo, y estoy viendo lo que escucho”, y volvería a la soledad de su despacho, sintiéndose vacío por una

consagración de la primavera incompleta. Porque en Sevilla, si de algo entendemos, es de arriates hermosos con añil y caoba al horizonte.

El Miércoles despierta en mí la añoranza

de puente torero a la luz

y Refugio que sale y reluce

en un día de puro azul.

Sabe el Miércoles a barrio,

a callejuelas de vieja Cruz

y a familias rodeadas

en torno al nombre de Salud.

Y no hay mayor ejemplo

de fe colectiva en plenitud.

De caminata constante

en mi calzado, el betún

queda cubierto de un albero

que rechina tercio de quites

y manoleínas al vuelo.

Las churumbelerías del llamador

llaman al mecer de un lienzo

que juguetea con el vaivén

de un costero a costero.

Y a sus pies, una madre
contempla a su Hijo con desvelo,

con Sol de montera

y capote de patios abiertos,

en la devoción más torera

del Arenal baratillero.

De la taurina capilla

a la Plaza de San Lorenzo,

donde suenan los caireles

que van poniendo tempo

al cristal de los caudales,

sabiendo que aunque

haya un Mal Comienzo,

siempre habrá un Buen Fin.

¿Y en San Pedro?

En San Pedro mi voz se estrecha

para escuchar al saetero.

Languidece el motete

y hace presencia un silencio
que corta el aire y
no deja avanzar al tiempo.
Platea entonces la Luna
los hachones, que son espejo
de un semblante burgalés
que labrara Vázquez el Viejo.
¡Qué lección más certera
nos das desde el madero!
Quiso la Luna ser farol
que trepara por tu huerto,
para cubrir el monte
del Calvario más bello.
Quiso también la Luna
reflejarse en los luceros
de Madre de Dios de la Palma,
sin percatarse de que, en su seno,
era Ella quien daba luz
a la plaza y al recogimiento.
¡Vino Burgos a Sevilla
con un Nuevo Testamento

para ser mitra y llaves
de estas puertas del cielo!

Rito y forma

A la Hermandad del Valle

Hay un vértigo al comienzo del triduo pascual. La luz se apaga y parece que no sopla ni una brisa. Entre el jueves más abrioleño y el junio de *Corpus Christi*, hago un ramillete en el jardín de mi axioma mezclando la rosa y el incienso con la juncia y el romero. En una atmósfera blanca, calmada y dormida de canónigos, cabildo catedralicio, remates góticos, perfil etrusco de la Virgen de los Reyes y risueño crótalo entre penachos, los oficios emergen como celebración principal de este día capital. Por eso, cuando señalemos la Luna, no miremos el dedo, no nos distraigamos cuando en este día tenemos presente al epicentro de nuestro existir, al prisma del que surge la luz de nuestro modo de vida.

De una cruz de San Juan, una corona de espinas entrelazadas y una caña cruzada, surgió en Sevilla un pedazo de Jerusalén. La Archicofradía del Valle, que es la mezcla de un humo incesante y de un violín. La magnificencia del Viernes de Dolores, auténtico día principal del año para los hermanos, y su armonía en el culto a Dios, se esconden en lo más íntimo de nuestra ciudad, haciendo de la Hermandad un auténtico bastión de buen hacer litúrgico. El morado se alterna con el carmesí y el verde del Árbol de la Cruz para dar con el genuino paso de los espejitos, mientras el incienso va dejando entrever un reflejo de nuestras almas y el coro va anticipando que Cristo se hizo por nosotros, obediente hasta la muerte, una muerte de cruz. Él nos muestra en su rostro la bondad y el perdón tan necesarios en estos días. Tras el Santo Espino florecido entre pinos de sangre y candelabros de plata, los requiebros de Sevilla pasan a ser, por un instante, la Vía de la Amargura. Viene así el conjunto más

emotivo de toda la Pasión. Si es cierto que la mirada es el espejo del alma, en el Señor con la Cruz al Hombro podemos ver el más diáfano de los espíritus que se hayan dado.

Y en ese camino podemos ver la flor más hermosa de todas, la Rosa Mística de Jerusalén, la Virgen del Valle, que se asemeja a la revelación del ocaso de un día de otoño: Un Sol profundamente bello, que a pesar de que intenta zafarse entre los últimos trazos de luz y vida, es consciente de que su amargo destino es sucumbir ante el sufrimiento de las tinieblas. Pero como dicen las coplas que escuchamos al renovar nuestro juramento, “tras de la sombra viene la luz”.

Porque no encontré palabras
que estuviesen a tu altura...

Porque en mi mente resuenan
ecos de un tiempo
que no regresa,
y porque a mi oído acudieron
las palomas mensajeras
susurrándome unas estrofas
que me suenan a tu esencia.

Me planto ante tu efigie

y mi pecho se reseca
tratando de encontrar
la cura a tu condena.
Intenté sanarla, paliarla...
Y no hallé la respuesta.
Ante tu desconsuelo,
no supe tejer la tela
que enjugase el brillo
que en tus ojos centellea.

Fue entonces cuando supe
que no hay manera
de paliar tu desgarró.

Es curioso... El orden de tu tormenta

es un prado sereno donde
hay hermosura, pero no clarea.

Es la añorada armonía,
todo en Ti es coherencia.

Eso sí, pensando en tu mundo,
los versos se hacen cadencia...

Las espinas de tu Hijo
en tus sienes se estrechan,
y la Verónica no sabe
que tu rostro también se lleva.
Porque la tortura del Mesías
en tu pecho se encierra,
buscando paliar su muerte
con un rezo que no llena.

Las penurias de nuestras almas
bajo tu manto se encuentran,
y es mayor el llanto
que la angustia que revelas.
Por eso el misterio
de tu esplendor es un emblema.

Comenzar tu Septenario
contemplándote en la cresta
de una montaña iluminada
en plata y mares de velas.
Y terminar la medianoche

tras la sublime orquesta,
bajando de tu dosel
una vez en Cuaresma.

Hallando el edén vetusto,
se esquinaron las maniguetas
para guardar tu palacio
de plata y granate de seda.
Tus jardines, con tu llanto,
son fuente de agua nueva;
te custodian tus crisantemos
las hojas de las palmeras,
el Sol que sale de Oriente
y el roleo que las rodea.
Entre flores de lis en espada
y lirios de forma abierta,
Rosa mística de Belén,
sobresale tu pureza.

Y por fin
se abrieron las puertas,

y llenaste los balcones
de quebrantos de saetas.

El rosario se estremece
al sentir la presencia
de tu soberbio dolor.

Las artes y las ciencias
se pusieron a tu mandato,
y el estandarte y la bandera
lloraron contigo entre acordes,
tocando la marcha lenta
que escribiera para su amigo
el maestro Gómez-Zarzuela.

A tu paso paró el tiempo
y dejaste sin verso al poema,
sin musa al artista,
sin olor a la azucena,
sin canto al jilguero,
sin requiebro a la cancela,
sin ritmo a la sinfonía,
sin luz a la Luna llena,

sin azul al firmamento,
sin verde a la pradera,
sin morado a la túnica,
al viento dejaste sin fuerza
que acunara con su compás
el paño que está en tu diestra.

Todo paró por tu martirio,
al mundo dejaste sin meta
y todo quedó prendido
de unas perlas que no secan.

La senda llegó a su fin,
volviste a tu casa profesa.
Conversaste entre las sombras
con San Juan y Magdalena
y les dijiste, entre sollozos,
que aunque tú lo pretendieras,
viste que tu puñal
más que soltarse, se aprieta.

Se escapa a mi alcance
poder calmarte, Virgen y Reina.

No por ello dejaré
de vivir en tu primavera.

Este Hijo que te pregona
sólo pide que le concedas
ser seise de tu corte.

Yo seré tu fiel poeta
que te baile y recite esta copla:

“Entre cantos te embelesan
doce tribus de Israel
que usaste como diadema,
el Sol alumbró tu figura
y la Luna fue tu Tierra.

Faltó que un dolor se clavase
en el trazo de tu belleza
y el verde de tu mirada
destellase con la cera,
para llorar contigo en el Valle
de Sevilla por tu pena.”

El instante de lo eterno

A mi padre

Pasa la medianoche, y llega la oscuridad en la que transpiran los vientos eternos, en la noche en la que todos mostramos quiénes somos en realidad y los tempos permanecen invariables. Pensáis que esto último no es posible.... Yo os contaré como el tiempo se paró hace unos años, y sólo estuvimos el Señor de Sevilla y yo. Me reuní con mi padre y nos dispusimos a ver una de mis primeras Madrugás. Tras zafarnos de las bullas que se formaban, y contemplar con estupor dos filas de nazarenos negros, altos, perfectamente alineados y un triunvirato de bandera inmaculista, espada en alto y cirio corto, pudimos contemplar a un Cristo con temple de sabio, lánguida mirada y cruz abrazada, que en su Silencio lo dice todo. Tras llegar con cierta comodidad a la Plaza del Triunfo, mi padre, por experiencia, sabía cómo andar entre las multitudes para tener la mejor visión. En un momento, con el paso parado, pude ponerme enfrente suya. Recuerdo que tenía el llamador al alcance de la mano. Y de repente, alcé la vista y entendía. Todo se oscureció. Nadie me empujaba, no se escuchaba nada, ni siquiera los flashes de las cámaras se reflejaban en su rostro agotado. Sólo estábamos Él y yo.

Mientras la noche se viste en la plaza
de luz renunciada y viento apagado,
mientras se desdibuja el campanario
orgullosa con la bruma derramada,

el Verbo va cargando con la pena
con un dolor mundano y traspasado.
y su rostro y su zancada van marcando
el firme péndulo de la conciencia.

Entre tanto, Señor de Sevilla,
cuando me miras con dulzura
encuentro las Escrituras
reflejadas en tus pupilas.

Se iluminan al raso, a la luz de los candiles,
unas manos que agarran nuestras ataduras
en el divino rubicón entre angosturas
de esta vía Dolorosa de azulejos y adoquines.

Al albor de cada viernes,
entre lo común y lo sagrado,
entre la estampa y el rosario,
los besos al talón se hacen preces.

Y así es nuestro credo, así le reza Sevilla,

y no hay ejemplo más sencillo y real
que sentir humano en el Altar
al que es Camino, Verdad y Vida.

Pues viendo Dios esta fe,
quiso el Hijo bajar del cielo,
residir en San Lorenzo
y llamarse Gran Poder.

Elegía a Sevilla

A la Hermandad de la Macarena

Tras el genuino patio sevillano que esconde una reja de una calle macarena, se encuentra uno de los momentos más intensos de mi corta vida. Tras subir unas escaleras, una casa guarda entre sus paredes mis primeros años. En ella hemos vivido grandes momentos y a su calor fuimos llegando, poco a poco, la familia. Todo recogido en el mismo hogar. Esta pequeña fotografía que ahora expongo ocurrió en una de las muchas Madrugás que allí pasamos juntos. Este recuerdo, aunque intenso, permanece difuso, pero hay un trozo que mi mente nunca olvidará. Es un rincón que destaca por su sencillez. Un pequeño balcón, estrecho, en el que apenas cabíamos dos personas a la vez.

En ese sinfín de terciopelo morado y verde, cuando el papel de calentitos estaba arrugado y vacío y el chocolate ya se había enfriado, un niño pequeño encontraba a su vera a su maestro terrenal, a su referente. Es mi abuelo. Cuando la Madre de Dios encaró su calle, la calle Parras, pude ver en sus vidriosos ojos una alegría que no volví a ver nunca. Seguro que la Esperanza, le concedió a aquel profesor la dicha de devolverle la vista a su paso, porque esa mirada no era obra terrenal. Esos ojos eran los de la Esperanza. Sé que él no se olvidó de Ella en el instante de su muerte, porque así me lo enseñó, y desde ese momento yo tampoco lo he hecho.

Y es que, en San Gil, la Esperanza recoge en su seno todas nuestras peticiones, y también sabe qué necesitamos cada uno. Ella nunca nos abandona.

Ahora, deja que te muestre, Estudiante,
la mayor de las dichas.

Deja que esta voz ensanchada
proclame su alegría

Pues al despertarse Parasceve,
dejando atrás su capilla,
sale al encuentro, entre

El arco y la muralla, una Niña.

Déjame decirte, Estudiante,
Que Ella es la Madre de Dios de Sevilla
que la Resolana vive en sus balcones
testigo de su llanto con sonrisa
que no termina de entender
y, sin embargo, la fulmina.

Déjame agasajarte, Esperanza,
déjame hablarte por este día
para proclamar mi devoción
por tu guapura incontentida.

Y es que el misterio de su hermosura
es la que impera en mi retina.

Y en el templo de mi alma
todo tu rostro es poesía.

De tu mirada, Vecina de San Gil,
nacerá un nuevo abril que respira
prados verdes por los cuales
paseará el vergel de tu marisma.

Contigo nació el gozo, Esperanza,
de ser sevillano en esta vida.

Nació contigo la aurora
y el calor de un nuevo día.

Nació contigo la rosa,
el clavel y la buganvilla,
nació el piropo y la gracia,
nació el hálito que acaricia
la dulzura de tus pestañas
al compás de las bambalinas.

La estrechez de la calle Parras
a tu paso es la armonía
donde se escuchan ecos de
Vallejo por bulerías.

Déjame decirte también, Esperanza,

que tu Centuria está lista,

que la Legión Trajana

deja Roma por Sevilla

para marchar junto a tu Hijo

en la Sentencia que te sublima.

Que la esencia de esta ciudad

tiene nombre y está viva.

Esta viva en tus perfiles,

en tu perfecta asimetría,

en la mueca de tu llanto,

en la pena de tu risa,

en el arco de tus cejas,

en tu ternura sencilla,

en el sagrario de tu seno,

en el fulgor de tu sonrisa,

en el calor de la mañana,

en el rezo de Avemarías

que almacenas en tu pecho,

en el reflejo de tus pupilas,
en tus suspiros de España,
en tus cinco mariquillas
y en el verde de tu manto
Y déjame decirte, madre mía,
que cuando veo el garbo
de tu juventud escondida,
no sé decirte si esas lágrimas
que toco en mis mejillas
son las tuyas,
o son las mías.

Deja que te diga por último, Esperanza,
que aunque cien versos te escriba,
aunque fuera seise que te bailara,
cantando las letanías,
me faltarían palabras para alabarte;
porque eres de Sevilla la divisa,
de la fe eres su escudo,
corazón sin mancilla,
fuente de la virtud,

entrega sin medida,
ejemplo de fortaleza,
ángulo de nuestro prisma,
basamento de la Iglesia,
fontana cristalina,
anhelo del pregonero,
belleza incontenida,
rostro del primor,
la más bella profecía;
la mujer anhelada
sin pecado concebida.
Que en tu morada de juncal,
sereno y en la cima,
hay un espejo del alma
donde Dios obró su regalía:
Que el espejo fuera un camarín
y el alma, la Macarena de Sevilla.

El Sagrario y su legado

A las generaciones que nos precedieron

La Luna de Parasceve, ya despierta, anuncia que este es el día en que actuó el Señor: Y ya empezamos a ver cómo la Semana se nos escapa de las manos.

Y ahora, estudiante, en el monte Calvario, una Cruz se erige en estos tiempos donde parece que las naciones le dan la espalda, como los discípulos que huyeron y negaron a Dios. ¿Todos? No todos. El discípulo amado acompaña a su Maestro en el padecimiento. Al igual que San Juan, también nosotros debemos ser ejemplo de firmeza cuando la cruz de nuestros agobios, nuestras angustias en los estudios y nuestros repasos y prisas de última hora nos superen... Porque entonces, en una estampa, ahí está Cristo, el que nunca falla, quien, clavado en la Cruz, nos tiende la mano y nos levanta. Como así hace el papa Francisco, quien nos recuerda constantemente que escuchemos al Espíritu Santo, que nos dejemos llevar por Él, que saquemos a Cristo de los Sagrarios y hornacinas y cantemos su palabra en la calle, que el mundo puede cambiarse si alzamos la voz, porque como dice San Benito, Patrono de Europa: “Dios suele decirle al más joven qué es lo mejor para su entorno”.

Tarde del Viernes Santo en Sevilla, luto compungido en corbata negra y trajes oscuros. Esta vez el Sol no resplandece; hay un pesar en su luz que nos recuerda que el dolor de la nueva Eva es, en este día, cuando toma su significado más crudo y pragmático. Peinan los vencejos las nubes de mesura y templanza, de tensa calma, y toca el Rey David el arpa lastimera por un Dios, por un

Hombre, que en el día de hoy, a la hora nona, ha entregado su alma por ti, y por mí. “Todo está escrito.”

El clasicismo trenza el hábito del duelo con terciopelo azul y dorado, y afianza lo tejido con finas hebras de hojas de cardos para colmar las Tres Necesidades del que acaba de morir por nosotros, en el misterio perfecto. Y antes de que nos demos cuenta, todo se difuminará ante nuestros ojos, la noche se fundirá con la sarga y sólo veremos nueve parejas de ciriales acercarse hacia nosotros, tras escuchar los aldabonazos de quincalla y conciencia, que nos recuerda, al uso de Valdés Leal y Mañara, que todo se irá en un abrir y cerrar de ojos. No hay mayor misterio, no hay inventos huecos, no existen ante Él verdades de quita y pon. Sólo tendremos como aval los frutos recogidos en esta vida, sin más. Pero en esta amalgama dual de calles planas y torres altas, Sevilla aprendió a golpe de cincel, gubia y repujada plata que la muerte no es cruenta, que la muerte no es el final, que la muerte es buena.

Aunque esté esta noche, que ya asoma en la lontananza el prelude de un colofón, agasajándote y dorando tus potencias, hoy la vela roja no prende por tu Divinidad.

Aunque revista de poema
lo que recito en este viernes,
proclamo y grito un mensaje
que creo que es bueno y clemente.
¿Por qué hoy el Sagrario está vacío

y el núcleo parece que no está presente?

¿No notas que falta el aire, que hay

algo que se te escapa, qué sientes?

¿Será que por las angosturas y zocos

de viejo mercader y agudo trueque

se apoya en su empedrado

cayendo hasta tres veces?

Tú dices que es por cansancio,

que es la madera consistente

el motivo de apoyarse

en la roca que le escuece.

Apenado, con el cuerpo girado, buscando

una mirada cómplice y confidente,

Simón va diciendo al que lo mira

que Sevilla es hoy su Cirene:

Que también es cargar con nuestra cruz

ayudar al que con ella no puede.

¿Será que detrás suya hay

una casa de oro que aparece

y deslumbra con su dulce mirada?

¿No esconde, en esa áurea y Santa Sede,

las llaves del cielo entre sus jarras de azucena?

¿O quizás esté en esa Soledad a la interperie

que, cuando el viento pone el sudario

en su hombro, no es uno el dolor, sino siete?

Hoy el Sagrario está vacío,

no veo su trazo en el ambiente.

¿Será que está en la cara

de aquel nazareno durmiente

que, cuando cruza el río y la

luz se refleja, su mejilla se enciende?

¿O quizás los Montpensier

bordaron, en la corte del diecinueve,

su blasón con castillos y leones

en terciopelos franceses?

¿No notas que falta el aire, que hay

algo que se te escapa, qué sientes?

¿No será que este axioma tan bonito

es también terrenal y patente?

Dímelo tú, Estudiante, ¿le haremos caso

o nos saldremos por la tangente?

Dime, ¿qué fuerza tendrá la llama de tu alma?

Porque en este mecanizado soniquete
de que Dios bajó del cielo hace
dos mil años y fue hombre sufriente,
comprendí desde el principio lo que quisiste,
supe con certeza cuál era aquí tu membrete:
Que lo veamos a Él en nuestro hermano,
en el que tenemos enfrente
en el que sufre y en el desnudo,
en el hambriento y en el paciente,
que lo tratemos de forma digna,
que si lo hacemos con ése,
habrás logrado, Estudiante,
haber cumplido sus deberes.

Aun así, en doce días
Sevilla se hará penitente.
Porque esta forma de fe
es también trascendente,
y es la forma de acercarse a Dios
en este lienzo imponente.

Que en esta tierra, Señor, te cantamos
a ritmo de golpe de cinceles,
y en la otra orilla hay un canto
que suena como un réquiem.

Vi al Cachorro en Triana
sufriendo como su gente;
en el postrer estertor,
al ocaso de la muerte.

Ver morirte de esa forma
es mezclarte con tus fieles,
y tu humana expiración
no nos deja indiferente.

Yo vi al pueblo en tu cuerpo;
en tus ojos miel y verde,
en la búsqueda en el cielo,
en los párpados que se duermen,
en tus labios resecos,
en lo hundido de tu vientre,
en tus rodillas encogidas,
en tu mirada transluciente,

en la tensión de tus manos,
en tu sudario y su pliegue:
En el trance que ahoga tu tronco
y la nueva vida amanece.

Yo vi al Cachorro en Triana
sufriendo como su gente,
y ahora vuelvo a mi pregunta,
la que puse en antecedente.
¿No notas que falta el aire, que hay
algo que se te escapa, qué sientes?
¿No será que Alma de Dios
ha ido a parar a un puente
por un Cristo que arriba expira
y por un Hombre que abajo padece?
¿No será que Dios vino y se hizo Hombre,
y en el Hombre está el rostro de Dios reluciente?

Y es el que yo vi al Cachorro
dejando su cuerpo inerte
para darnos la Salvación,
muriendo entre su gente.

El viento solitario

A los poetas sevillanos

El redoble de tambor vibra ahora de forma distinta, avisándonos que, al igual que guardaste con recelo entre tus manos esta bola de cera que cada año va cogiendo forma, se va. Es ahora cuando nos damos cuenta, de manera melancólica, que este ir y venir de nazarenos de ruan con terciopelo y capa que vemos el Sábado Santo serán los últimos que veamos, que se pueden contar con los dedos de una mano, y que quizás pensaste, otro año más, que averiguaste la fórmula magistral para retener todo este amasijo de vivencias y recuerdos, cuando el fondo y la verdad es que nunca la tuviste. Incluso el tiempo, impotente a una ciudad acostumbrada a medirse por otros baremos más subjetivos, parece que quiere acortar el gozo de la Semana Mayor en el andar solemne y delicado de la Piedad de los Servitas a ritmo de *Mater Mea* en Bustos Tavera. El Sábado Santo es el único día en el que el tiempo objetivo es el que manda.

Entonces, cuando tenemos delante nuestra al Triunfo de la Santa Cruz y cuando leamos sobre fondo negro aquello de *Mors mortem superávit*, estallará la melancolía que has ido acumulando, poco a poco, cada vez que veías perderse un palio por las esquinas, y tendrás que convivir con todo lo que has sentido en estos días hasta el próximo Domingo de Ramos.

Sopla una corriente fina,
un viento firme y calmado

que despeina las madejas
y apaga los candelabros.

Hoy el viento te recuerda
que el calor de la bulla ha pasado,
y estás sólo ante la muerte
vencida por el Sagrario.

Se mancha el suelo de verde,
viendo que en su ocaso
se da cuenta de que estas luces
serán las últimas que veamos.

Levanta el viento el bronce
de un viejo campanario,
llorando por un profeta
que, muerto por el pecado,
va durmiendo en una urna
de remates espigados
que custodian el bastón, la mitra,
la espada y un *senatus* romano.

Hoy sale a la calle la Verdad.
Hoy nace el último itinerario
y nace la última Esperanza,
el último piropo depositario
que brinda a la ciudad
la gracia de su encanto
en una rosaleta que respuntea
por igual en ambos lados.

Y, de repente, el viento sopló
con fuerza para mecer el sudario
entre las hojas de San Lorenzo,
que hacen de la plaza un cuadro,
para calmar la sal de las tormentas
de una madre que, en el Calvario,
al pie de la Cruz, sufre sin vergeles
el trance solitario
de sentir en su cuerpo la Pasión;
en sus muñecas, los clavos;
en su vientre, la flaqueza,

la tristeza de sus labios,
y la mirada enajenada
a la corona entre sus manos.

¡Qué barrio más puro
el de este hermoso cuadro
donde Dios eligió terminar
este nazareno anonimato!

¡Qué extraña belleza,
qué triste escenario
verte cruzar el dintel
y, entre arcos apuntados,
escuchar cómo cruje la bisagra
y suena el último portazo!

No hay bandas que te toquen
la marcha real, ni suenan los aplausos...

Sólo queda el murmullo
y, otra vez, el viento... Que a tu paso
estalla la tristeza y el retiro en el que,
como Tú, se siente abandonado
por Cristo, que convivió con ellos

en el Paraíso de este divino Septenario.

Se apaga así, otra vez, este tejido blanco
de siete remiendos, y bajaremos a este suelo

mientras la vida va pasando

en nuestra senda secular.

Para poder esperarte, otro año,

hasta que nos llames junto a Ti

bajo el cielo sevillano.

El esplendor de la juventud

A la ciudad de Sevilla

Ahora que está todo dicho desde esta terraza universitaria, ahora que poco a poco mi voz se duerme, es tiempo para que la ciudad se despierte.

¡Despierta, Sevilla, de tu letargo!

Vístete de palmas y ortigas,
que hoy un estudiante te ha cantado
con voz académica en tu sala palatina

¡Sella con tu fragua la alianza
de un lazo entre dos orillas!

¡Abre tus ventanas
para que entre tu brisa!

Deja que la luz abrigue tus rincones...

Ten tomada tu medida,
que cuando este pregón concluya,
acudiremos a tu cita.

Y ahora, universitario,
que la ciudad está lista

para obrar el portento
es tiempo de romper filas,
marchar a nuestras calles
y pregonar la Buena Noticia.
Porque hay que vivir la fe,
y hay que disfrutarla cada día,
y no hay que tener miedo
de proclamarla y de vivirla.

Salgamos a su encuentro, universitario,
la Cruz aguarda nuestra venida.
Dejemos el Paraninfo, los apuntes,
y agarremos el cirio que ilumina
nuestras almas por las calles
que, en doce días, serán capilla.
¡Alégrate, universitario!
Que hoy Cristo resucita,
despojado de tinieblas,
dejando la tumba vacía.
Y en esta cera acumulada,
que es nuestro mar de Galilea, camina

para ser Buen Pastor y Cordero.

Si nuestro himno lo recita,

el *Gaudeamus* lo canta

¡Proclamemos la alegría

mientras seamos jóvenes!

Que Dios quiso ser tu sonrisa,

que Dios quiso hacer de tu alma

un don de gracia divina,

Dios quiso que tu muerte

no fuera prueba baldía.

Universitario, es tu momento.

siembra en esta tierra tu semilla,

que Roma y Jerusalén

se han encontrado en esta villa,

y han levantado un templo

en estas siete colinas,

y han acordado un concilio

general de fe colectiva;

una asamblea de catecismo

que es cátedra en la doctrina

de ropones, trabajaderas,
costales y canastillas.

Dejo fundido este eslabón
de pregones en lozanía,
de noches intranquilas,
de versos entre croquis,
escorzos y capelinas,
de agarrar mis sienes
implorando tu armonía.

Mi angustia se hizo consuelo,
la soledad fue tu guía,
y de ella salió este pregón,
en base a esa premisa.

Reflejo en él mi formación:
La que me enseñó mi familia,
la que bailé ante el Santísimo
y la que aprendí de los jesuitas.

Dejo aquí toda mi aflicción,
todo mi ser, toda mi dicha.

Me despido de este atril,
cierro, otra vez, esta herida
de sangre cofrade
y corazón concepcionista,
ahora con hilo universitario.
Y cuando termine esta travesía
volverá a sonar en mi memoria:
“¿Recuerdas lo que decía?
Que ya está todo en su sitio,
que por más que yo te insista,
universitario,
Falta que tú Le sigas.”
Y aquí al lado,
Está la Verdad escondida.
Sé con certeza, Buena Muerte,
que es tu Verdad la guía,
que dormido en tu Lonja
nos llamas a esta vigilia,
y porque venciste a la muerte,
dejando aquí tu Carne Viva,

custodias otra Semana Santa

desde el cielo de Sevilla.

Epílogo: La honra al maestro

A aquel que lleva a mi lado toda mi vida

No puedo irme de aquí sin hablarte:

Me pongo ante tus plantas.

Sabes que procuré no nombrarte

salvo que el protocolo lo mandara.

Lo hice, porque también sabes que

si antes lo pronunciara,

mi voz simplemente se quebraría.

Ahora, en la intimidad de esta casa

te hablo resguardado de atriles

y, antes de cerrar mi caja de lata,

agarro el toisón de esta Orden de Santiago

comenzando, así, mi particular plegaria.

Hoy la memoria me aguijonea

mientras canto, que aunque hablara

todas las lenguas de los hombres

y de los ángeles, si no te tengo, no soy nada.

Qué pretendes que te diga...

¿Qué sin Ti no soy nada?
¿Qué te canto que no sepas,
viejo amigo del alma?
¿Que eres el centro de mi vida
y que por Ti me despierto en cada alba?
¿Qué quieres que hoy te declame
bajo esta Luna que se alza?
¿Qué sé que serás mi réquiem,
al igual que fuiste mi nana?
No voy a hablarte, por tanto,
de pelícanos con alas
abiertas, ni medianoche de Domingos,
ni de coplas cantadas,
ni de canastillas ruizgijoneras
que entre claveles se entrelazan.
Hoy quiero hablarte a Ti de esta gloria,
de esta revelación, de esta palabra,
que es Amor.

Podría decirte Luz del Mundo, Salvador,
Verbo Encarnado, Cordero de Pascua...

Pero mejor te digo que te amo.

Y te doy también las gracias,
Jesús, por permitirme conocerte
bajo esta bella circunstancia.

Echaste en el barco
de mi espíritu el ancla
y ya no hubo manera
de parar esta alabanza.

Quisiste que este joven
en el Paraninfo te pregonara,

y en Ti encontré la Verdad,
lo encontré en tu Divina Palabra,
en tu cuerpo que nos liberta,
en tu sangre que nos lava,
en tu rostro reposado,
en tu perfil de patriarca,
en tus labios entreabiertos,
en tu nariz hebraica,
en tu rizada cabellera,
en los ojos que se apagan,

en las cejas resistentes,
en tu corona tallada,
en tu costado
y su llaga,
en el reflejo de las vidrieras
o en tus manos clavadas.

No entiendo mi vida sin Ti,
no alcanzo siquiera a soñarla.

No tengo miedo a verte de frente,
no temo si sé que al final de esta calzada
en la que tropiezo y a veces ando
encontraré el abrazo de tu gracia
y, recostado entre el negro ruan,
dormiré como un niño con túnica blanca.

Y no habrá dolor, no habrá penurias;
en tu presencia todo será calma.

¿Qué más quieres que te diga?

¿Qué dijiste en mi garganta?

Que gracias a tu entrega,

que es la derrota de la guadaña,
podemos vivir en armonía.

Vuelta al comienzo:

¡Abre los ojos, Cristo del Amor!

¡Que salga luz de entre tus palmas!

¡Que tu luz deslumbre hasta al
último arrabal que a tu vista alcanza!

¡Toquen por siempre por tu gloria
la corneta y la campana!

Termino así este himno.

Despierta ahora, vieja dama,
que yo preparo mi ruan,
mi esparto y mi medalla,
y comienzo mi camino
hacia la plaza y la rampa,
donde gracias a su Amor
se entiende esta Semana,
donde gracias a su Amor

siempre habrá Esperanza,
y gracias a tu Amor por este Mundo
habrá, otra vez, Semana Santa.

He dicho.

A. M. D. G.

AGRADECIMIENTOS

A mis padres, por haberme hecho ser quien soy a día de hoy, con mis virtudes y mis defectos, y a quienes va dedicado este pregón. Todo lo que plasmo aquí, es lo que me han enseñado ellos. Gracias por todo.

A la Universidad de Sevilla, pues en ella estoy formándome como arquitecto y como persona, y este año me han permitido hablarle a Sevilla de lo que soy y de lo que siento. Gracias a mi altar máter por cargar sobre mis hombros esta bendita carga.

A la Hermandad de los Estudiantes; a su cariñosa Junta de Gobierno, a su abierto grupo joven y a la familia de pregoneros universitarios que me preceden, por el afecto que me han demostrado durante estos intensos meses que siempre quedarán en mi recuerdo.

A los colegios Portaceli y Buen Pastor. La formación que tengo, y que he intentado expresar en esta obra, ha sido por la dedicación de todos los profesores que he tenido. Hago extensible aquí mi particular reconocimiento a la profesión más trascendental que existe: El profesorado y la docencia.

A mis Hermandades del Amor, del Valle y de la Macarena, pues en ellas he ido determinando mi formación cofrade. Fruto del estilo de estas tres hermandades ha nacido este pregón, y en ellas he intentado identificarme. Esta obra al que le he dedicado tanto tiempo es, ante todo, de parte de un hermano que ha querido mostrar el profundo Amor que siente por sus Hermandades.

A Fernando Cano-Romero Méndez y a Miguel León Muñoz, pues detectaron en mí cualidades para afrontar esta responsabilidad y fueron los que me descubrieron ante la sociedad sevillana.

A Eusebio Pérez Torres, José Vélez Sánchez, Alberto Donaire Ibáñez, Francisco Berjano Arenado y mi tío José Martínez de Pinillos Morales, mi Sanedrín particular, por los certeros y dedicados consejos que me han dado, y que sin duda han hecho que viva este pregón disfrutando el momento y con mayor autenticidad.

Agradecimiento especial y dedicado a Francisco Berjano Arenado, pues en mi Sanedrín él ha sido el Sumo Sacerdote, quien desde el primer día que fui designado pregonero universitario hasta el día del pregón, se ha ocupado de mí y me ha enseñado y aconsejado con tanta solera y dedicación. Desde aquí mi infinita gratitud.

Para mayor gloria de Dios,

XLIII Pregón Universitario de la Semana Santa de Sevilla,
se empezó a escribir el día 28 de octubre de 2016, día de San Simón el
Cananeo y San Judas Tadeo, y fue finalizado día el 8 de marzo de 2017,
día de San Juan de Dios.